

mienzan a fermentarse. Mientras que al terminar *Por amor a la momia* deseamos que de alguna forma Espinosa hubiera mantenido la irreverencia con el mundo literario hasta el final del relato, pues al develar el secreto de Santacruz vuelve a instalar a los poetas en ese pedestal ajeno a las tentaciones del mundo que tan falso y aburrido resulta. *Romanza para murciélagos* tiene, sin duda, el mejor de los tres finales, pues, aunque resulta predecible, es el único posible y ello lo hace un muy buen final.

Más allá de los polémicos finales una cosa es clara: el contenido del libro justifica plenamente su lectura y la maestría en el desarrollo de la historia hacen que sea un placer recorrer las páginas. Además, el planteamiento que parece encerrar la similitud entre los relatos es tan duro como interesante, pues al terminar de leer el libro nos quedamos preguntando si será cierto que la realidad es tan incompatible con el amor, que sólo a través de la ilusión puede éste permanecer siempre vivo. Sea como sea, con este libro Germán Espinosa da otra muestra de que trescientos años después de *Werther* aún es posible escribir una obra novedosa sobre el tema que más páginas ha inspirado a la humanidad.

ANDRÉS GARCÍA  
LONDOÑO

## Igualitos pero al contrario

### Colombia-Venezuela: historia intelectual

Juan Gustavo Cobo Borda  
(compilador)

Biblioteca Familiar Presidencia de la República, Bogotá, 1997, 495 págs.

En una entrevista televisada, durante una visita a Caracas poco antes de su asesinato, a Luis Carlos Galán Sarmiento se le hizo la pregunta de

rigor: "¿Qué piensa usted de Venezuela en relación con Colombia?". Interrogante que este político colombiano respondió con un enigmático y acertado: "Es lo mismo, pero al revés".

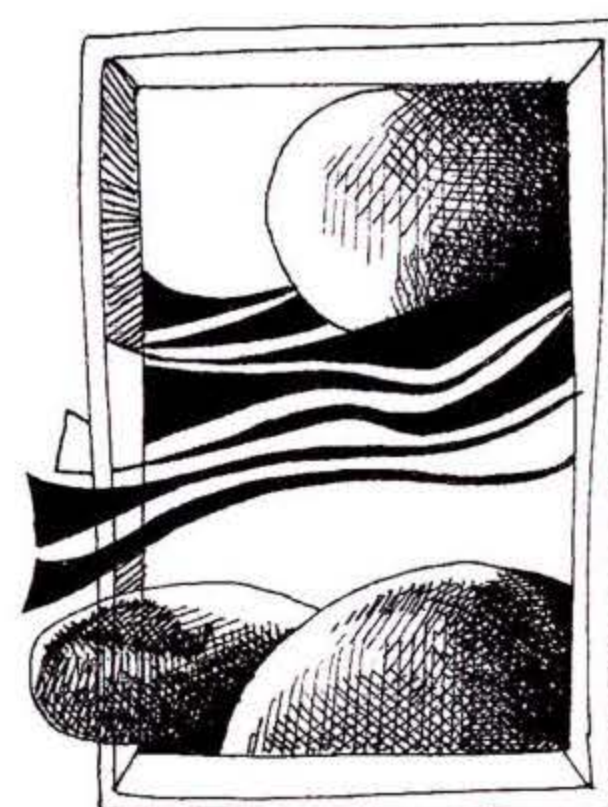
Quizá no haya mejor frase para describir a un par de hermanos. Los mismos padres, el mismo hogar; diferentes elecciones, diferente idiosincrasia. No en vano el nombre de Colombia fue creado por un venezolano, Francisco de Miranda; la campaña militar que señalaría la independencia final de Venezuela partió de tierras colombianas; y el hombre más reverenciado en ambos países nació en Venezuela y murió en Colombia.

No solamente todo parto es traumático para aquel que nace, sino que además el nacimiento de estas naciones hermanas fue un parto con complicaciones, cuyas secuelas aún vivimos. Gracias a una "pléyade de próceres" que fue incapaz de ponerse de acuerdo, acabamos, con la desunión de los padres, separados desde la más corta infancia. Así que cada uno de los hermanos tuvo que emprender sólo su camino por la historia.

Pero la hermandad no se borra con la disolución del hogar. Hermanos somos y hermanos seremos: no hay alternativa en esto de los genes patrios. Y han sido los miembros de la intelectualidad colombo-venezolana quienes, de un modo u otro, han mantenido los vínculos más significativos entre los hermanos separados; sin paradojas, pues la elite intelectual de un país es la responsable de mantener viva la memoria, en nuestro caso la memoria de la hermandad frente al ataque de la ignorancia que pretende separarnos todavía más.

Si la historia de Colombia y Venezuela es la historia de un hogar disuelto, *Colombia-Venezuela: historia intelectual* es la historia de la comunicación, la nutrición y el conocimiento mutuo de los hermanos, que se resisten a perder la herencia familiar amenazada en ocasiones por la mezquindad del "patrioterismo". Y quizá el emblema de este libro (una recopilación de textos de

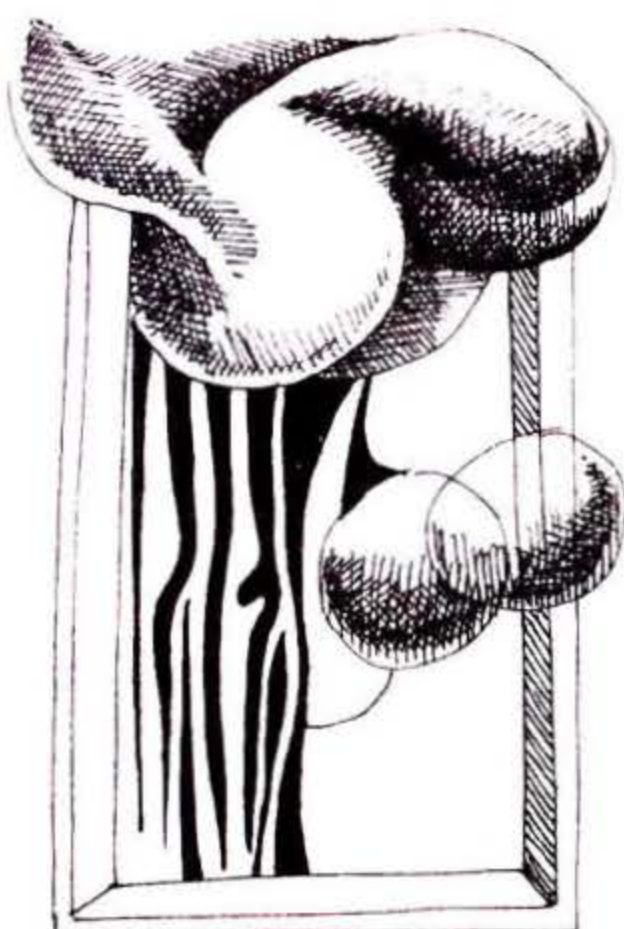
autores diversos), sea el pacto entre dos escritores de estos países descrito por Miguel Otero Silva, venezolano autor de obras como *Cuando quiero llorar no lloro* y *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*. Dice Otero Silva: "Por mi parte, tengo concertado un pacto con Gabriel García Márquez, cuya única cláusula nos obliga, en la circunstancia inverosímil e irracional de una guerra entre nuestros países, a echarse él a las calles de Bogotá gritando ¡Viva Venezuela!, al mismo tiempo que yo me echo a las calles de Caracas gritando ¡Viva Colombia!" (pág. 256).



Ante todo, este libro nos muestra que los sueños de unión no son nuevos, y que gracias a ello algo se ha avanzado, aunque el sueño esté todavía lejos de verse realizado. Cecilio Acosta, periodista y poeta venezolano del siglo XIX, escribe con admiración del diplomático e intelectual José María Torres Caicedo, quien fundó un comité en París para abogar por la unión latinoamericana, esperando llevar a la práctica ciertos principios generales, el primero de los cuales sería: "1. Admisión de una nacionalidad común para todos los hijos de todos los Estados latinoamericanos, los cuales serían considerados como ciudadanos de una misma patria y gozarían en toda la confederación, cualquiera que fuere el lugar de su nacimiento, de los propios derechos civiles y políticos" (pág. 67). Del mismo modo, hay una numerosa recopilación de



cartas de Cecilio Acosta a Miguel Antonio Caro (Caro le había pedido a Acosta buscar suscripciones en Caracas para su periódico *El Tradicionista*), que resulta conmovedora por el cariño con que se tratan dos hombres que nunca llegaron a conocerse en persona, y por el tesón que puso cada uno en mantener la comunicación con el otro a pesar de las dificultades del correo de la época, culpable de que la mitad de las cartas nunca llegaron a su destinatario por extraviarse entre los puertos de La Guaira y Barranquilla.



Pero si bien Colombia y Venezuela son países hermanos, no son países gemelos. Cada uno ha caminado la historia con pasos distintos, cada uno ha engendrado personajes y formas diferentes, a veces incluso opuestos. Y si bien es cierto que podría argumentarse (con toda razón, a juzgar por la experiencia) que no hay mayor diferencia entre un venezolano y un colombiano que la que existe entre un cartagenero y un paisa, también es cierto que la artificialidad de una frontera nos divide como pueblos "igualitos, pero al contrario", cada uno con un desarrollo propio, cada uno con una óptica distinta acerca de la vida misma.

Es entonces cuando el libro puede llevarnos a lo mejor de todo: al asombro ante el "otro"; a la mirada mutua que si acaso a veces no es capaz de comprender, no cesa, eso sí, en su sor-

presa ante el transcurrir de la existencia tan diferente (y al mismo tiempo tan propia) de la nación de al lado. Los dos países se observan con mirada donde se mezclan la admiración y la cautela, descubren las formas y los contenidos del vecino y se mezclan en forma apenas consciente.

En *Colombia-Venezuela: historia intelectual*, escritores como Gabriel García Márquez, Adriano González León, Darío Jaramillo Agudelo, Salvador Garmendia, Arturo Uslar Pietri, Juan Gustavo Cobo Borda; políticos como Rafael Caldera y Alfonso López Michelsen; colombianos que han vivido en Venezuela o venezolanos que han vivido en Colombia, no cesan de repetirnos su interés (a menudo un interés con buena dosis de desconcierto) por el mundo que se extiende más allá de la frontera. Y así vemos cómo a la poesía se mezcla el ensayo, a las alabanzas se unen las críticas, a la literatura se suma la política, para componer un cuadro donde la única constante es la sorpresa ante el descubrimiento del "otro".

Un mismo tema puede originar mil miradas y aun así no estar agotado. ¿Cuántos ensayos podrían escribirse sobre la presencia de José Asunción Silva en Venezuela, buscando, como un inmigrante más, la fortuna que no halló en su país de origen? Y los temas mismos no son menos numerosos que la multiplicidad de las miradas: el asombro del "cachaco" ante la heterogeneidad venezolana; la sorpresa del caraqueño ante el peso de la tradición en Colombia; Bogotá como Meca cultural a mediados del siglo; Caracas como símbolo de dinamismo exuberante... En fin.

Un aspecto en el cual la nutrición mutua se muestra particularmente fértil es en el arte. El libro muestra el reconocimiento de los artistas de ambas naciones ante la labor de los artistas del país vecino, con una significativa cantidad de ensayos acerca de la vida y obra de artistas colombianos y venezolanos. Buena parte de las páginas del libro son comentarios sobre la labor de los pintores Fernando Botero, Andrés de

Santa María, Tito Salas; los escritores Salvador Garmendia, Gabriel García Márquez, Juan Liscano, Darío Samper, Juan Sánchez Peláez, José Asunción Silva, José Antonio Ramos Sucre, Rómulo Gallegos, Gonzalo Arango; el compositor Reinaldo Hahn; los fotógrafos Leo Matiz y Luis Benito Ramos, entre otros.



Un lugar destacado lo ocupan aquellos artistas que tuvieron la fortuna de vivir en ambos países, de alimentarse con la forma del vecino de ver el mundo, en modo alguno irreconciliable pero sí definitivamente distinta de la propia. Con respecto al recuerdo y la importancia de esta experiencia, destaca el ensayo de García Márquez "La infeliz Caracas", que entre otras cosas nos cuenta de su vida en Venezuela en 1958, durante los días que siguieron a la caída de la dictadura de Pérez Jiménez:

*Tres meses después, Venezuela fue por poco tiempo, pero de un modo inolvidable en mi vida, el país más libre del mundo. Y yo fui un hombre feliz, tal vez porque nunca más desde entonces me ocurrieron tantas cosas definitivas por primera vez en un solo año: me casé para siempre, viví una revolución de carne y hueso, tuve una dirección fija, me quedé tres horas encerrado en un ascensor con una mujer bella, escribí mi mejor cuento para un concurso que no gané, definí para siempre*



*mi concepción de la literatura y sus relaciones secretas con el periodismo, manejé el primer automóvil y sufrí un accidente dos minutos después, y adquirí una claridad política que habría de llevarme, doce años más tarde, a ingresar en un partido de Venezuela. // Tal vez por eso, una de las más hermosas frustraciones de mi vida es no haberme quedado a vivir para siempre en esa ciudad infernal. Me gusta su gente, a la cual me siento muy parecido, me gustan sus mujeres tiernas y bravas, y me gusta su locura sin límites y su sentido experimental de la vida. [pág. 403]*

Pero no todo son halagos en este libro, sino que hay una buena dosis de crítica mutua (muy amena, por cierto, gracias a la calidad de los textos). De otro modo, ¿cómo se podría pensar que el cumplido es sincero?... Abundan los ejemplos, pero baste dar uno.

Dice Adriano González León, venezolano autor de *País portátil*, en la introducción de un ensayo sobre el nadaísmo, escrito en 1960:

*Para muchos de nosotros hace ya algunos años, Colombia fue, al margen de cualquier análisis sociológico serio, una especie de tierra prometida para estudiar bachillerato en el Colegio Nariño, enviar a nuestras hermanas a los internados de monjas de Pamplona, comprar ropa barata en Cúcuta burlando las aduanas del Puente Internacional, o implicarse en la severidad académica y el civismo político discutidos en las Universidades Nacional y Javeriana [...] Se hacían extraordinarios discursos. Desde la antigüedad clásica, quizá en ninguna otra parte fue tan vivo el culto de la retórica. Había Demóstenes de Cali y Cicerones de Valledupar. [...] Un acontecimiento singular que conmovió al mundo, volvió nuestro punto de mira sobre la vieja tierra de los chibchas. "El Bogotazo" tiraba por el suelo años de "ejercicio cívico y respeto ciudadano". El or-*

*den ateniense construido sobre los valles del Magdalena se volvía trizas, cuando viejas estructuras se vieron amenazadas por la ciega y desenfrenada furia popular, que aún sin objetivos bien claros, comenzaba a arremeter contra pesadas oligarquías que disfrazaban la podredumbre en paños finos, caridad cristiana y cuantiosas citas de la ley y los recursos del orden. [pág. 421]*



Vemos, entonces, que la mirada amorosa no excluye la visión crítica, incluso irónica, del mismo modo que, por naturaleza, un cariño profundo se preocupa siempre por aquello que causa dolor a quien se quiere. Y el dolor en nuestros pueblos, aunque tome formas distintas, coincide en sus causas básicas: la inconcebible mezquindad de una buena parte de la clase dirigente y la ignorancia de un alto porcentaje de la población. Por eso, gracias a que hemos sufrido los mismos males pero en cada uno de nosotros la enfermedad ha seguido un desarrollo distinto, vemos confirmado en el contenido de este libro que tanto Colombia como Venezuela pueden brindarle al pueblo vecino una visión que complementa la suya; una visión capaz de fortalecer al hermano en su lucha contra las taras propias, generadas en gran parte por aquel nacimiento traumático en medio de la disolución de nuestro hogar.

Resumiendo: *Colombia-Venezuela: historia intelectual* es, a mi juicio, un libro vital para ambos países, que suma al hecho de haber sido escrito por hijos de las dos naciones, la riqueza de la visión múltiple frente a la belleza y el horror que encontramos cada día, sin importar cuál sea el color de nuestro pasaporte. Pero la importancia última de este libro radica en que se trata de un reconocimiento mutuo, de un agradecimiento conjunto por la existencia del vecino, para poder así aprender de sus partos y creaciones. Esto es, de manifestar, hoy como siempre, la unión imborrable de nuestros pueblos más allá del error histórico de una frontera artificial.

ANDRÉS GARCÍA  
LONDOÑO

## Texto documental

### Borges enamorado

(Ensayos críticos. Diálogos con Borges.

Rescate y glosa de textos de Borges y sobre Borges)

Juan Gustavo Cobo Borda

Instituto Caro y Cuervo, La Granada  
Entreabierto, Bogotá, 1999, 397 págs.

Como aportes a la actual vigencia y difusión de la obra de Jorge Luis Borges han surgido de manera paralela innumerables textos que amplían y enriquecen el conocimiento de la obra del maestro argentino, al mismo tiempo que ofrecen una aproximación a su personalidad, en ocasiones tan original como sus propias creaciones. La presencia arrolladora de la obra de Borges en el mundo rebasó en los últimos años los límites lingüísticos y literarios del ámbito hispano y se extiende ahora con igual influjo vertida en otras lenguas, muchas de ellas familiares al escritor.

Este fenómeno que pone en primer plano la presencia de su obra —aparte de su auténtico valor y originalidad— obedece, como en el